

que en el metodismo, al uso de hoy, pueda haber ocurrido respeto del de otros días y de otras regiones, no será en el sentido del bien, sino al contrario. Porque las sendas que atraviesan las regiones del error, jamás se mantienen al mismo nivel, así como tampoco jamás ascienden; sino que continúan siempre su fatal derrota, en declinación más ó menos rápida. Y es que un abismo llama á otro abismo: es que un cadáver se hiela, se descompone, se corrompe, se disuelve en fin por su propia condición; pero solo un milagro de Dios lo vivifica.

IV

¿QUÉ PUEDE Y DEBE MÉXICO ESPERAR
DE LA SECTA METODISTA?

Podríamos reducir la solución de tal cuestión, á solo estas palabras: la misión del protestantismo en México se limita á *engañar á la ignorancia, explotar á la inmoralidad, comprar á la miseria*. Todo el que tenga oídos para oír, y entendimiento para entender, puede, por solo esas palabras, formar juicio cabal sobre el postulado que nos ocupa, y augurar con seguridad para el porvenir.

De luego á luego fluye esta consecuencia al alcance de la inteligencia más mediana. Si la misión del protestantismo entre nosotros es conquistar á la ignorancia precipitada por la inmoralidad y aguijoneada por la miseria, es indefectible que más ó menos proximamente, en México dominará la fuerza brutal, con el descaro del cinismo más abyecto, y con la avidéz insaciable del hambre que nunca dice *basta*. ¿Y qué vendrá en pos de esto? Dios solo lo sabe; pero podemos entreverlo nosotros. De los labios se escapan las fatídicas palabras *socialismo, pauperismo, comunismo, guerra de castas, disolución social*. Pero, como podría estar estipulado con la Casa Blanca, hace diez y ocho años, que no se daría lugar ni tiempo para tanto; de los labios se cae por su propio peso la palabra maldita del enigma fatal: *¡pérdida de la independencia y autonomía de la Patria!*

Bien quisieramos que alguno nos pudiese hacer cargo de ilusión ó preocupación en este punto; y probarnos de una manera satisfactoria, sus asertos. Pero no, nadie lo intentará: y aun aquellos en cuyo interés estaría el sacarnos poco verdaderos, bien se guardarán de hacerlo; porque tendrán el buen sentido necesario para conocer que *peor es meneallo*.

Esto en cuanto al protestantismo en general, su invasión, sus conquistas, sus progresos. En cuanto al *metodismo* en particular, ya hemos dicho lo que ha sido en otras regiones y en otras fechas: de ahí se puede deducir en buena lógica lo que habrá de

ser entre nosotros. A juzgar por sus comienzos, la audacia petulante conque los apóstatas de Izucar hacen alarde de su apostasía, insultando pública y oficialmente á la Religion Católica Romana, y en ella á todos sus conciudadanos que la profesamos; es decir á la mayoría, casi totalidad de los mexicanos, nos hace pensar y formar juicio sobre lo que esté por suceder en el caso de que esos insolentes llegaran á encontrarse, no en una declarada mayoría; sino aun en minoría capaz de meter ruido y armar gresca con sus gritos de tumulto y rebelion.

Hoy, esos pelotones de alucinados, corrompidos ó comprados, en quienes solo reconocemos aquellos desgraciados de quienes San Pablo escribió: *estos son los que se meten por las casas, y cautivan á las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas de varias pasiones: las cuales andan siempre aprendiendo y jamás arriban al conocimiento de la verdad.* (2^a. III. 6. 7.); estos, decimos, se atreven á la faz de toda la nacion á insultar á la Iglesia en cuyo seno vivimos, apodándola con el infamante epíteto de *apóstata*: ¿qué dejarán de intentar contra ella, el dia que puedan convertir el insulto en hostilidad de hecho, la mala voluntad en declarada persecucion? ¿Y más cuando cuenten con el apoyo de gobiernos descreídos sin Dios y sin ley; gobiernos que pospongan el bien comun y el voto nacional á sus particulares intereses y malas pasiones: que presten favor y ayuda

á todo error y toda inmoralidad, y se declaren sofo contra toda justicia y contra toda verdad?

Ya otra vez hemos dicho lo que pensamos de los mexicanos apóstatas de la religion de sus padres; en quienes vemos, no solo malos cristianos, si que tambien malos mexicanos. Pues bien: ahora decimos más. Miramos en ellos unos malos hombres, de cuyo dañado corazon se puede esperar toda infamia, se debe temer todo mal. He aquí cómo describe á esos hombres la Sabiduría divina: *El hombre apóstata es un hombre pernicioso, no habla mas que iniquidades: guiña los ojos, hace señas con el pié, habla con los dedos, maquina el mal en su depravado corazon, y en todo tiempo siembra discordias.* (Prov. VI. 12. 13. 14.) ¿Y quién, por poco delicado que sea en sus relaciones sociales; por poco que mire por la paz de su espíritu, admitirá con gusto á su lado á un hombre marcado con tan repugnantes caracteres?

En otras partes, el *metodismo*, con su doctrina de la impecabilidad, ha llevado la inmoralidad hasta el cinismo: con su teoría de la fatalidad ha arrastrado á sus adeptos hasta el suicidio: con sus teorías de igualdad y libertad ha empujado á sus secuaces hasta la rebelion. Aseveramos estos hechos con datos fehacientes á la vista, cuyos textos no trascibimos por no alargar demasiado este estudio. Pero si alguno pusiere en duda nuestros asertos, nos tomaremos el trabajo de publicar á la letra los testimonios en que nos apoyamos. Y ¿quién responde por la

secta, de que no hará entre nosotros lo mismo y aun más allá, que ha hecho en otras partes; siendo verdad, como lo es, que semejantes demasias no son mas que actuacion de las doctrinas que informan el espíritu de la secta misma? Y tanto es más de temerse entre nosotros, cuanto qué, al decir de los misioneros yankees, sus trabajos de seducción y corrupcion están teniendo grande éxito entre la raza indígena. Es decir, en aquella parte de nuestra sociedad donde la ignorancia franquea puertas muy anchas á los errores mas absurdos; donde la falta de formacion moral opone menos correctivos á las malas pasiones; donde el carácter desconfiado y recalciante de casta mantiene tendencias muy pronunciadas á la escision.

Solo gobiernos insensatos ó malvados pudieron en días aciagos arrastrar á México á la situacion en que le pone la invasion del protestantismo. Porque es notorio que éste, en todos tiempos y en todas partes ha lanzado sus hordas de misioneros negociantes, con otras miras que evangelizar. El protestantismo que ha resucitado el cesarismo pagano, supeditado siempre al poder político de cada localidad, no ha tenido á mengua el servir de pretexto é instrumento en cábalas de gabinete, atentatorias á la independenciam, libertad y tranquilidad de los pueblos. Algo de ello comprendió el emperador Alejandro de Rusia, cuando por decreto de 1822 prohibió en sus dominios la predicacion protestante, y su-

primió todas las misiones que antes habian sido permitidas; principalmente las de los *moravos* de Sarepta; á quienes dió orden de no bautizar más, ni recibir en su secta á los kalmukos paganos.

Pero en nuestra patria se abrió la puerta á todas las maquinaciones del invasor y disolvente protestantismo, con el pretexto de conquistar mejoras materiales. Para ello se falseó el voto nacional; ó más bien, se le pisoteó brutalmente: no obstante que la nacion, casi en su totalidad emitió su voto de preferir la unidad católica y sus benéficas influencias, á las mejoras materiales que habrian de traer consigo funestas y muy largas, é irremediables trascendencias. Se ha dicho que las Cámaras de 1856, que sancionaron la introduccion de falsos cultos en el país, representaban á la nacion. ¡Mentira impudente, sarcasmo cruel para el infortunado pueblo que, desde que nació á la vida política hasta la hora de ahora, no ha hecho otro papel que el del bobo, á quien se divierte con escamoteos de saltimbanquis de la peor estofa! Las Cámaras de 56 fueron representantes y mandatarios de la malhadada revolucion de Ayutla, que no de la nacion, que no del pueblo mexicano: fueron el órgano de un partido menesteroso y famélico, cuya más bella y alucinadora utopía habia sido, desde mucho tiempo atras, entrar á sacó el patrimonio de la Iglesia Católica.

Se ha llamado al protestantismo porque se sabia que de él serian portadores los yankees: se ha auto-

rizado á éstos para explorar y reconocer todo el país; se les ha rogado y pagado para que crucen con líneas férreas todo nuestro suelo. ¿Y esto para qué? Para que si algun dia, la nacion en masa, cansada de sufrir á los déspotas, quisiera hacer un esfuerzo por sacudirles léjos de sí, pudiera la Casa Blanca improvisar sobre el riñon del país sus hordas de filibusteros, cuyo único trabajo seria firmar un recibo por mayor á favor de muchos Condes D. Julian.

¡Ah! Si el infausto constitucionalismo del siglo no se hubiera impuesto á México, como se inflige un azote providencial sobre las sociedades culpables, nuestra Patria no se encontraria actualmente al borde de ese abismo cuyo fondo apenas divisamos! Pero por causa de nuestro constitucionalismo de colegiales, ó más bien de necios, los yankees han podido á costa nuestra, consolarse é indemnizarse de cierto fracaso que sufrieron hace pocos años en otras regiones, donde se tiene en algo el nombre de patria, de nacionalidad, de orden y de paz interior. Un viajero francés en Rusia, escribia lo siguiente en 1858: «Los americanos proponen en este momento al emperador de Rusia establecer un camino de hierro desde Moscou al Rio Amor (el Rio Negro de los Tártaros manchous, y Rio Dragon de los chinos) y vapores que irán del Rio Amor al mar de Okhotsk; es decir, al Grande Oceano Boreal. No piden otra concesion que un verste (500 toesas) de terreno, á cada lado del ferrocarril construido por ellos, en to-

da la longitud de la vía. El emperador no ha accedido, y los turbulentos yankees le inquietan como vecinos.» (Dumás. De Paris á Astrakan.)

¡Cuán distintas han corrido las cosas en México! Por no tener cuestiones con el vecino turbulento, se le ha abierto y entregado la casa toda. Esto era lógico y natural *constitucionalmente*. Para no ver un objeto; por grande que él sea, basta poner ante los ojos otro objeto tan pequeño como ellos. Nuestros gobiernos, hace tiempo han perdido de vista la grandiosa figura de la Patria; y es que, hace mucho tiempo vienen trayendo ante sus ojos objetos tan mezquinos como ellos mismos; á saber, su propia conservacion, y sus intereses personales. ¿Qué importa la Patria, á los que solo la tienen como un pretexto para, por cuenta de ella, conservarse en el poder y hacerse omnipotentes?